

CASO DE CULTURA

Prof. Doris Sommer

Ira Jewell Williams, Jr. Professor
Profesora de Literatura y Lenguas Romances
y de Estudios Africanos y Afro-Americanos.
Directora de la Escuela de Postgrado en Español.
Director del Cultural Agents Initiative.

Harvard University

Ponencia Mayo, 2018¹

Hagamos “Casos de cultura”.¹ Nos hacen falta ahora que muchos programas de humanidades e instituciones relacionadas con el arte se tambalean por falta de apoyos, mostrando un síntoma más de la indiferencia general frente a la cultura. En un mundo acelerado que privilegia carreras empresariales y tecnológicas, que no se detiene para preguntar hacia dónde va, las artes y las humanidades se entienden como una pérdida de tiempo. Esta impaciencia con el aprendizaje indirecto, o lento, (ya no decir con el ocio, que recientemente aprendí que significa “escuela” en griego antiguo) para reflexionar y profundizar, deja a la cultura a la retaguardia de la vida ocupada.² En la vida cultural, sus dedicados defensores se preocupan por cómo atraer a más personas a sus precarios recintos, los museos, las bibliotecas, las salas de conciertos y los teatros. La pregunta es de vida o muerte para muchas instituciones hoy en día. Otra urgente pregunta es cómo salvaguardar el valor intrínseco de las artes y las humanidades cuando el público en general ha perdido el gusto por los placeres demorados, por la duda y la discusión.³

¹ Texto facilitado en Febrero de 2019 personalmente por la Profesora Doris Sommer para el Taller de Edición & Elaboración de Proyectos Culturales del Depto. De Literatura de la Universidad de Chile.

Casos de cultura ofrecerían, quizás, respuestas proactivas a la ansiedad suscitada por la pérdida del gusto, la paciencia exhausta, y el corolario desvanecimiento de la sociabilidad. La metodología de escribir “casos” es común en prácticamente todos los campos de la investigación académica, con excepción de las humanidades. Pero ahí es donde se visibilizarían los aportes sociales de las artes y la cultura. Los casos identifican un problema y luego evalúan el impacto de las intervenciones sobre éste. Si nos atreviéramos a responder a las preocupaciones humanísticas mediante ensayos conceptuales y científicos breves (25-35 páginas), utilizando un género híbrido entre las humanidades y las ciencias sociales, éstos incluirían las siguientes etapas:

1. Identificar un desafío social;
2. Estudiar las causas y el contexto;
3. Especular sobre posibles intervenciones;
4. Implementar una;
5. Diseñar formas de medir el impacto y reflexionar sobre los resultados.

Una ventaja de este formato para las humanidades es que sería legible para las personas que trabajan en otros campos. Otra ventaja sería la de responder a una obligación ética. Ofrecer los saberes que hemos adquirido — gracias al privilegio de estudiar el arte — allí donde hacen falta, en vez de investigar problemas sin otro objetivo que el de avanzar nuestras carreras académicas, curaría la mala fe de beneficiarnos de las desgracias de otros.⁴ En los “casos de cultura”, un problema se entiende como desafío y nos responsabiliza a aportar y a evaluar el aporte. De esta manera, la denuncia conllevaría el requisito de mitigar la injusticia registrada, de modo que estudiar e intervenir se alimentarían mutuamente en un ciclo virtuoso a veces llamado praxis. En esos casos, el trabajo académico apoyaría a la justicia restauradora, en su deuda ética con las víctimas del poder abusivo (poder que nos ha favorecido como académicos).⁵ No será fácil cumplir con

esta tarea, porque la intervención es arriesgada y requiere – en su imperativo moral -- medir su propio impacto. Quizás, a causa del riesgo ineludible (no consideremos, por favor, una posible falta de compromiso), se ha favorecido la investigación académica sin más. Pero ya es hora de agregar los siguientes pasos si queremos fortalecer las humanidades y si pretendemos agregar valor a casos de otros campos. Sigamos, entonces, con la especulación (imaginativa); la intervención (arriesgada); y la evaluación (tan creativa como rigurosa).

Las mejoras respecto a la legibilidad y la responsabilidad se lograrán si los humanistas nos acercamos a otros campos donde seamos bienvenidos. Un género de casos de cultura representaría un avance para las ciencias sociales también, al agregar la dimensión de interpretación estética.⁶ Los casos actuales en negocios, derecho, política, ingeniería, salud pública y educación, no suelen detenerse a especular sobre causas y efectos, ni sobre la particularidad, hecha visible mediante palimpsestos de ejemplos que, desde las ciencias resaltan los patrones más que los desvíos. Es cierto que las ciencias sociales han establecido y en muchos sentidos perfeccionado el género “caso”, pero se beneficiarían – según algunos – de la práctica humanística de reflexionar y preguntarse por los detalles. Hasta los científicos dicen que lo más valioso se encuentra en los detalles. La Harvard Business School, por ejemplo, al abordar los casos de arte, anticipa la colaboración con humanistas. Algunos se atreven a probar los límites convencionales entre el aprecio subjetivo de la belleza y los logros calculables de los bienes materiales. Uno de estos casos de vanguardia examina el liderazgo innovador de Miles Davis; otro da cuenta de las intervenciones lúdicas de Antanas Mockus para ahorrar el agua en Bogotá; y otro más ofrece evidencia de los beneficios cívicos generados por las orquestas juveniles en Venezuela.⁷ Estos casos apuntan hacia un camino de investigación híbrido, entre las artes y el desarrollo, en el que los humanistas aportamos nuestra parte al reflexionar sobre las dinámicas del cambio, e indagamos sobre los aspectos que lo generan. Cuando el encanto de

intervenciones artísticas se queda sin teorizar, perdemos lecciones valiosas qué aprender para poner en marcha en nuevos contextos y futuras intervenciones. El nombre del cambio es arte, para poner en términos sencillos lo que Schiller propuso como respuesta no violenta al Terror durante La Revolución Francesa.⁸ John Dewey, Viktor Shklovsky, Jacques Rancière, y muchos más, heredaron esta definición de las pedagogías de la Ilustración. Hacer arte significa hacer algo nuevo, algo que sorprende e involucra a grupos de gente para reflexionar juntos⁹ y comunicarse sin prejuicios. La escritura humanística (en la forma de casos de cultura) en torno a la dimensión estética del cambio, nos muestra que pensar como artista es una condición necesaria para enfrentarse a los desafíos sociales, económicos, éticos y políticos.¹⁰

Y a pesar de esto todavía no se escriben casos de cultura—no con elementos de intervención y medición cuantitativa --, y la reticencia marca el escepticismo entre las humanidades y casi cualquier otro campo. Algunos artistas, sin embargo, han dado unos pasos hacia el otro lado de la brecha haciendo evaluaciones cualitativas y cuantitativas. (Para una síntesis útil, véase la serie “Animating Democracy”, un programa de Americans for the Arts.)¹¹ Para fundamentar el valor intrínseco de los teatros y el performance, por ejemplo, varios teatreros prefieren ahora “contar nuevos frijoles”, es decir: dar cuentas de su arte ante quienes pueden renovar sus subvenciones, y al hacerlo, tienen el doble reto de ganar subvenciones y mejorar su propio arte. De hecho, las propuestas para financiamiento y los requisitos de informes posteriores serán los géneros que más se acercan a conjurar nuevos casos humanistas para la cultura, aunque muchos solicitantes todavía consideran que rendir cuentas es un mal económicamente necesario y aún que atenta contra el valor del arte.¹² Los humanistas académicos se preocupan aún más que los artistas por la contabilidad, quizá porque pueden, ya que cobran sueldos en vez de competir por subvenciones. Así, la interpretación queda rezagada en los caminos donde el arte cumple con los compromisos públicos. Agregar el elemento crítico del análisis humanista,

abriría el camino a través de los surcos de una comprensión más profunda y de oportunidades más amplias.

El objetivo de los nuevos casos sería aprender qué funciona, qué no, y por qué. En pocas palabras, sería aprender. Esto es tan relevante para los humanistas como para cualquiera, a menos que confundamos la alergia adquirida a la participación práctica como un voto de abstinencia innegociable y sagrado. Hace un par de años, Danielle Allen se dirigió a un grupo de estudiantes universitarios comprometidos. Comenzó afirmando que el trabajo de las universidades es investigar y aprender nuevas informaciones. Luego se detuvo a preguntar, “¿cómo sucede eso?” Su pregunta devolvió la atención al compromiso como un elemento esencial de la erudición; sin él, la investigación puede seguir siendo derivada o académica, en el sentido más estrecho de la palabra.¹³ Los buenos programas de Humanidades públicas ya se orientan en la dirección del servicio (en educación penitenciaria, registro de votantes, programas extraescolares, etc.), pero los académicos que se dedican a salir del recinto suelen guardar cierta resistencia hacia la estética y a la teoría en general; tienden a alejarse del quehacer humanístico académico a la hora de emprender proyectos comunitarios. ¿Son, como algunos lo suponen, los temas clásicos y las expectativas para publicar incurablemente elitistas y posiblemente perjudiciales para una misión pública?¹⁴ Éste es el trance en el que nos hemos acostumbrado a detener la conversación, en un doble vínculo paralizante y familiar entre hacer bien la carrera y hacer el bien.

Los casos de cultura podrían ayudar a desenredarnos si los humanistas elegimos reconocer la frustración. Hasta ahora hemos optado por interpretar la parálisis como una condición estética, para explicar que los efectos del arte son prácticamente inefables y ciertamente no cuantificables, que los instrumentos de medición pierden la magia del arte reduciendo los efectos estéticos a burdos resultados numéricos. La preocupación es real

sólo si seguimos siendo poco creativos acerca de qué y cómo medimos. Los instrumentos no se deben imponer, ni tienen por qué ser rígidos para investigadores creativos. El diseño de la medición es parte del desafío de los ensayos innovadores en las humanidades. Podemos aprender de la práctica artística a ser indirectos, a hacer preguntas imprevistas y a suscitar respuestas inesperadas¹⁵. Hay maestros de este método; uno de ellos es el ex alcalde de Bogotá, Antanas Mockus. Presentado como artista principal en la Bienal de Berlín en 2013, Mockus fue reconocido por convertir Bogotá en un escenario para la reforma cívica, sustituyendo a los policías de tráfico con mimos, por ejemplo. Se las arregló para reducir las muertes de tráfico en más de la mitad en el primer año. Fortalecido por la estadística, multiplicaba los movimientos arriesgados y medía su impacto en la reducción de homicidios, corrupción y desperdicio de recursos. Mockus se vio obligado a identificarse como un artista en Berlín, a pesar de que se había resistido al título, preocupado por el hecho de que el lustre de la oficina pública se empañaría por la ostentación del arte.

Aquí quiero destacar su creación auxiliar de medidas para confirmar los efectos de haber convertido las calles en escenarios de arte. Mockus, el matemático y filósofo, formuló preguntas sorprendentes para encuestas de base amplia que desarmaban a los ciudadanos escépticos. En lugar de pedirles que identificaran a los alborotadores, él preguntaba por qué la gente obedecía la ley. Las estadísticas mostraron que los encuestados invariablemente se acreditaban con motivaciones elevadas de moralidad mientras asumían que otros obedecían por miedo a las consecuencias. Los ciudadanos vieron los números y entendieron la paradoja; se volvieron autocríticos de su supuesta superioridad moral y aprendieron a admirar el comportamiento lícito en otros. La admiración se convirtió en un índice de ciudadanía. ¿Podemos, de buena fe como Mockus, hacer algo menos que medir lo que hacemos? Como humanistas, pretendemos mejorar la vida humana a través de la imaginación, la comprensión y el juicio. ¿Cómo

sustentamos esa afirmación en una sociedad cada vez más escéptica? ¿Cómo confirmamos incluso nuestra propia afirmación de que el arte y la interpretación son esenciales para el desarrollo humano? ¹⁶ Entre los humanistas ha habido mucha más lamentación por recientes pérdidas de recursos y de expectativas, más escrúpulos respecto a la instrumentalización del arte, que la disposición a arriesgarse a la contaminación con prácticas extra-murales.

La pulsión autorreferencial de la erudición en las humanidades ha generado, irónicamente para los humanistas, un tipo de escolasticismo que recuerda los claustros medievales, aunque los medievalistas saben que los claustros tenían más contacto con el público que muchos recintos actuales. Ceder el paso a un nuevo Humanismo sería atrevernos a traspasar esos límites familiares y confortantes. El paso tomaría distancia de nuestro trabajo (siempre) en progreso, de forma parecida a la de los artistas cuando se detienen para juzgar el progreso de una obra, y se preguntan cómo proceder. Desde una distancia crítica, a lo mejor veremos que las artes y la cultura tienen algo que aprender de las “escuelas profesionales”, instituciones a las que muchos humanistas aluden con cierto desprecio, como si las profesiones fueran menos intelectuales por ser de más exigentes resultados.

Una alergia mutua mantiene la distancia entre los humanistas y las profesiones. (Recuerdo claramente que el título honorífico preferido para “Profesor” en Amherst College hasta la década de 1980 era “Señor” sin más, porque ser profesor es un trabajo remunerado y por eso de poca categoría.)¹⁷ Los humanistas defienden el pensamiento libre, y las escuelas profesionales insisten en consecuencias y análisis. Del lado del humanismo, la renuencia a someter prácticas creativas a la lógica de causa y efecto evita contabilizar los efectos del arte. Por el lado de la gente práctica, entre ellos los tomadores de decisiones, el desdén por el arte como algo meramente

decorativo o francamente como un derroche de dinero lleva a recortar los presupuestos, excepto que coleccionar arte es ahora un buen negocio personal. Tal vez a usted también le ofende el asunto, porque el arte y la interpretación estética deben de mantenerse alejados de las preocupaciones materiales que embarran la libertad desinteresada exigida por la creatividad. De una forma u otra, el pensamiento disciplinario traza una línea infranqueable, un *cordon sanitaire* para controlar la contaminación entre la creatividad y la vida real. ¿Deberíamos preguntarnos, desde un lado de esta frontera, por qué las humanidades pierden terreno en las universidades, o por qué las políticas públicas se estancan en los cálculos de suma cero? Las desastrosas consecuencias del enfrentamiento entre las artes y las políticas son incentivos para des-militarizar nuestro pensamiento y cruzar líneas. El alejamiento entre libertad y responsabilidad nos cuesta créditos en ambos lados. Los programas de humanidades se reducen en las universidades, estrujados por la presión de los jóvenes que quieren buenos empleos -y por padres ansiosos y consejeros académicos bien intencionados- mientras que las decisiones políticas sin inspiración deforman las capacidades humanas para el crecimiento personal y colectivo.

Casos de cultura son una invitación a suturar la grieta entre la imaginación y la razón para permitir un sano fluir en el sistema complejo de nuestra humanidad. La tensión entre las facultades humanas difícilmente es obstáculo para el desarrollo. Por el contrario, como Schiller argumentó en su defensa de la educación estética, los conflictos entre la razón y la pasión generan una energía que puede iluminar nuevos caminos. Entonces la imaginación encendería propuestas para inversiones productivas. Suturar significa primero despejar los obstáculos a la coordinación, haciendo un levantamiento pesado de los estigmas que ocultan el talento de los socios potenciales¹⁸. Es hora de que los humanistas se pongan al día, para agregar nuestros propios enfoques académicos a la especulación y el seguimiento de los efectos estéticos, y para avanzar en un *pas de deux* con los socios

profesionales que están dispuestos a pasar tiempo con nosotros para explorar giros y vueltas.

No cuente conmigo

La mayoría de los artistas y sus aliados académicos continúan siendo cautelosos, si no abiertamente hostiles sobre la medición de los efectos de lo que hacen. Incluso si medir fuera posible más allá de los testimonios cualitativos – lo que parece improbable o engañoso para casi todos los que hacen o estudian el arte – el criterio de la rendición de cuentas sigue siendo francamente ofensivo para muchas personas creativas. Tal vez esto se debe a que su creatividad aún no ha explorado el arte de la evaluación indirecta, aunque hay disponibles buenos modelos como las encuestas de Mockus y su “acupuntura cultural”. Los movimientos audaces no circulan desde posiciones atrincheradas.¹⁹ La medición es anatema porque asume un resultado deseado, es decir, un propósito. Y el arte o la belleza en general se supone que no tienen un propósito específico, según Immanuel Kant, como los esteticistas recuerdan a los estadísticos. Pero este aparente refinamiento queda a la zaga de la sostenida filosofía iluminada de Kant, la desafía. Porque Kant sí que tenía un propósito: establecer la libertad política. Esto se pierde aparentemente entre los admiradores que defienden el arte por el arte, tal vez porque el enfoque de Kant hacia la política era indirecto. Se trataba de localizar y ejercitar la facultad del juicio, un músculo mental atrofiado por siglos de inactividad, y prepararlo para alcanzar el acuerdo general -él diría universal--.

Permítanme detenerme un poco en Kant, en un ritmo pausado familiar al humanismo, para disfrutar de su argumento mientras abordamos la intersección entre la estética y todo lo demás. Para seguir adelante en este

breve ensayo (¿manifiesto?) hará falta eliminar la barrera en el camino donde las humanidades y las profesiones se han apartado. Hannah Arendt apreció el punto de partida de Kant para las colaboraciones, y el posible punto de inflexión de hoy, cuando bromeó -- en el prefacio de sus conferencias sobre el tema -- que Kant nunca escribió una filosofía política²⁰. Kant era demasiado listo, dijo Arendt astutamente, para arriesgarse a irritar a los censores del rey. La revolución francesa ya había estallado, y toda Europa temía con ansiedad las secuelas. Así que Kant escribió la estética en lugar de la política. Arendt no duda del propósito de su *Tercera crítica del juicio estético* (1790). Tiene éxito, en parte, porque el pensamiento de Kant es hermoso en sí mismo; disfrutamos del acto estético de juzgarlo. Si el encanto realza su propósito, Kant nos enseña a llamar el efecto añadido “belleza agregada”, como, por ejemplo, el valor suplementario de la arquitectura hermosa para los edificios funcionales. Esto no es un despido del arte que se limita por el valor de uso. Es más bien un saludo a las colaboraciones entre funcionalidad y belleza, entre el propósito predecible de una estructura y la agradable novedad que exige juicio, y que por tanto genera acuerdo potencial. Sin el arte para desarticular las expectativas, los nuevos acuerdos son innecesarios y, por consiguiente, impensables. Jürgen Habermas sigue esta línea de política poética de Kant a través de Schiller para llegar a la creatividad de la “acción comunicativa”.²¹ Una re-lectura de la estética kantiana a través de esta perspectiva nos prepararía a los humanistas para encontrar nuestro camino desde el placer personal hacia el propósito de generar acuerdos interpersonales. Una nueva lectura cercana no traicionará la belleza; se valorará el encanto de la belleza para hacer trabajos difíciles en el mundo.

La intransigencia sobre el propósito político trunca la estética de Kant en un primer momento corto, la necesaria pero breve experiencia del placer en el juicio desinteresado de la belleza. El juicio de formación comienza desarrollando un gusto estético desinteresado hacia un don

general para juzgar cualquier cosa. El primer momento, es cierto, necesita de un lienzo nuevo, sin cuentas ni finanzas, ni fama, moral o cualquier tipo de deseo. Porque el encanto contaminado por las preferencias preexistentes deshace la ecuanimidad que requiere el libre juicio. Los humanistas han estado comprensiblemente aprehensivos ante la posibilidad de enturbiar esta prístina posición con un propósito instrumental o utilitario. Algunos colegas incluso defienden su “derecho a ser inútiles”, no como irresponsabilidad (convengamos) sino para garantizar la libertad del juicio frente al interés utilitario. Paradójicamente, esta supuesta dedicación a la estética kantiana pierde terreno al bloquear su movimiento de un momento a otro, y así acorta la estética. Se pierde el argumento del maestro en la negativa a ceder más allá de la inocencia inicial, donde la belleza se aprecia por su propio bien a través del placer del juicio. El desinterés dirige las conversaciones futuras sobre muchos temas, algunos de ellos movedizos. El proceso de Kant va del juicio subjetivo hacia el acuerdo inter-personal y en última instancia a un nuevo “sentido común” “objetivo”. El acuerdo, como el objetivo de la estética de Kant, es el fundamento de la libertad política y su instancia más clara.

Póngase serio

¿Por qué será que las artes creativas les parecen prácticamente irrelevantes a la mayoría de quienes tienen el poder para tomar decisiones? Ésta no es una pregunta retórica, a menos que el sentido común ya haya descartado la posibilidad de que la política pública y el desarrollo económico tengan algo que ver con el arte. De hecho, las artes proporcionan elementos fundamentales tales como el juicio, el artificio, y atención al detalle, indispensables para tomar buenas decisiones. Sin dichos elementos no se pueden abordar las condiciones cambiantes de la vida moderna colectiva. Además, el sentido común, en el registro convencional que acabo de

emplear, se refiere a conclusiones pre-establecidas, respuestas preparadas y sin examinar. Por eso fue el punto de ataque de una campaña kantiana contra la pereza mental. Desterró ese sentido común a la prehistoria de los tiempos modernos cuando re-significó el término para nombrar el sentido que construimos en común, a través del juicio subjetivo a partir de acuerdos intersubjetivos. Las conclusiones irreflexivas ignoran las subjetividades y abandonan las políticas del acuerdo. La psicología inerte fracasa frente a los desafíos de los tiempos modernos. El progreso depende del ejercicio del juicio para evaluar oportunidades y obstáculos cambiantes, desde variados puntos de vista de gente específica. La manera segura de ejercitar el músculo mental para juzgar los elementos que contienen el detalle y la sorpresa es el juicio estético, como hemos dicho. Es el placer fresco experimentado a la hora de evaluar algo que había ardido en el corazón por un momento.

Vivir en un mundo agitado e impredecible concierne también a los científicos sociales, pero a diferencia de la estética que repara en detalles y la particularidad, las ciencias sociales tienden a valorar más los patrones que las particularidades. En su calidad de ciencias, la economía, la política, la sociología e incluso algunas tendencias de la antropología, organizan datos a partir de diversas observaciones para comprender lo que ha sucedido, e idealmente para proyectar lo que seguirá. El análisis lleva, a veces, a describir una “ley” o hipótesis científica. Y, si junto con esta preferencia por las “leyes” científicas se agrega el hecho de que la mayoría de los líderes empresariales y gubernamentales han sido formados en las ciencias sociales, se comprende por qué suelen buscar respuestas correctas dentro de patrones establecidos, en vez de arriesgarse con intervenciones que rompan patrones, es decir, con el arte. Sin embargo, en la medida en la que el pensamiento crítico se muestre lo suficientemente flexible como para considerar condiciones y opciones de cambio, estas ciencias se acercan a la estética. La proximidad podría haber acercado a las ciencias sociales a las artes y la cultura como socios de trabajo. Pero eso todavía no ha ocurrido,

por razones que podemos abordar. Una es el significado de algunas palabras clave.

Cuando Raymond Williams regresó a Oxford después de cuatro años de servicio militar en la Segunda Guerra Mundial, quedó perplejo ante los cambios de significado que ciertas palabras en inglés habían sufrido. De alguna manera, el idioma había cambiado tanto en tan poco tiempo, que literalmente no podía seguir una conversación.²² Y la palabra más desconcertante se refería a su propio campo de especialización: *la cultura*. Al estudiar esta palabra clave entre otras, por medio de muchas entrevistas, detenidas lecturas, y larga deliberación, concluyó que la palabra tenía dos significados diferentes, casi opuestos: para los científicos sociales, la cultura equivale más o menos al patrimonio: un conjunto de cosas, creencias y prácticas, un legado de convergencia y de preservación. Ciertamente no describe una arena prometedora para el cambio y el desarrollo, sino una disposición defensiva y colectiva para resistir el cambio. En lugar de oportunidades, la cultura plantea peligros para aquellos líderes a quienes les preocupa ofender a grupos enteros de gente que come, se casa, se viste y habla de manera diferente.

Para los artistas y los humanistas, por otro lado, la cultura apunta hacia un campo de riesgos divergentes, donde se avanza a través de prueba y error, de experimentación, a menudo desquiciando los mismos paradigmas que el patrimonio defiende. “Intente de nuevo. Fracase de nuevo. Fracase mejor”, es la consigna formulada por Samuel Beckett y repetida libremente por creadores que no necesariamente conocen al autor, pero que se sienten autorizados a plagiarlo sin pena.²³ Arte y ciencia se entienden, como Schiller²⁴ lo sabía, llamándolas las hijas de la libertad. Artistas y científicos juegan con materiales y buscan sus efectos potenciales, sin necesariamente proyectar un resultado. El trabajo es impulsado por el proceso, no por el deseo de un producto anticipado de antemano. El deseo nubla la libertad en

el juego y en el juicio libre. Con el arte, uno tantea, o se deja encantar, y después se pregunta por el valor estético del resultado. La respuesta permite abordar a otras personas cuyo juicio confirma o pone en crisis la siempre provisional conclusión de uno. El caso es que la estética genera conversaciones y sociabilidad.

Los que toman decisiones no son tontos. Quieren ver resultados como consecuencias de sus inversiones, sea la meta ganar dinero, por ejemplo, o ser elegidos, en el caso de los políticos. Si deciden recortar los fondos para cultura, en favor de subvenciones para la tecnología, o para la seguridad nacional, probablemente, entre otras razones, es porque han sido entrenados en las ciencias sociales para ser minimalistas con respecto a la cultura, a hacer lo mínimo para evitar roces con grupos de personas de distintos trasfondos, razas, clases. Como científicos sociales, ciertamente no han sido formados para identificar los procesos de la cultura como el combustible para el progreso social, económico o político. Los artistas que despliegan los efectos inesperados del proceso experimental son mirados por los tomadores de decisiones con recelo, preocupados por el riesgo de perder el control, o la dignidad.

Tenemos oportunidades (es decir, responsabilidades) para suturar la división en la definición de cultura con proyectos que propongan lograr un “doble resultado final” (double bottom line), un término que aprendí del Centro de Innovación Social de la Harvard Kennedy School for Government, donde se atreven a innovar ideas y a exigir resultados.²⁵ El objetivo bilateral recientemente acuñado es tanto generar ingresos como efectuar cambios sociales. Los dos objetivos se apoyan mutuamente: sin dinero, el cambio no es sostenible; y sin el objetivo del cambio social, el dinero no sirve de nada. Requerir responsabilidad fiscal además de ética es una decisión que también podemos tomar los humanistas. Sería superar los fastidiosos dobles vínculos que durante décadas han paralizado las humanidades y otros campos. La

respuesta adecuada a un nudo gordiano – como el enfrentamiento inamovible entre pensar y actuar -- es cortar con audacia, ambicionar salidas y aprovechar las que se generan.

Doble resultado final

El concepto de doble resultado final evoca para mí un Caso de cultura llamado Pre-Textos.²⁶ Es un programa de capacitación docente que se sostiene económicamente a través de honorarios y que proporciona un bien social al proveer “educación para la paz”.²⁷ Capaz de tender un puente entre una y otra definición de cultura, Pre-Textos confirma un patrimonio mientras ofrece espacios para la libre experimentación. La propuesta es doble: usar textos requeridos en las aulas (patrimonio) y hacer con ellos lo que los participantes quieran (experimentación). Con Pre-textos, los maestros aprenden a ofrecer desafíos a sus estudiantes como punto de partida para hacer arte y luego reflexionar sobre el proceso. La combinación de partir de un texto para pintar, bailar, dibujar, actuar, cantar, etc. y cerrar con la pregunta “¿Qué hicimos?” equivale a un protocolo holístico para desarrollar la lectura, innovación y ciudadanía de alto orden. Funciona para todas las edades y gustos, generando inacabables oportunidades académicas para analizar y teorizar. Los pasos son sencillos, fáciles de adquirir y de multiplicar: escuchar un texto, hacer preguntas, crear respuestas artísticas, y pensar en el proceso. Los usuarios juegan libremente con textos, los tiran y jalan, pero el protocolo repetido obliga a todos a participar en una cultura cívica compartida.

Aquí la cultura como arte divergente se encuentra con la cultura como práctica convergente. De forma medible, la expresión personal avanza junto con la reflexión compartida. La inteligencia emocional impulsa y es impulsada por el desarrollo cognitivo (es contraproducente separarlos). Un dividendo importante de este doble objetivo para la pedagogía es el

sentimiento generalizado de admiración para todos en el grupo, porque cada artista contribuye con su trabajo original y con la reflexión sin guiones. La admiración, aprendimos del alcalde Mockus, es el sentimiento fundamental de la ciudadanía. Responde a la particularidad de otras personas y anticipa sus valiosos aportes, a diferencia de los sentimientos de tolerancia o incluso el respeto, que mantienen a los hablantes en el centro de sus frases.

Vale la pena mencionar una experiencia de Pre-Textos como inspiración para un futuro Caso de cultura, en el modelo híbrido entre humanidades y ciencias sociales que voy proponiendo sin haberlo realizado todavía. Fue una colaboración entre científicos y humanistas en un taller de febrero del 2017 en Quibdó, la capital del Departamento mayormente afrocolombiano del Chocó. El Ministerio de Ambiente de Colombia encargó la capacitación de maestros en la Escuela Normal Superior para vincular los temas de cambio climático con la pedagogía novedosa de Pre-Textos. (Ver <https://www.youtube.com/watch?v=u4bKkYMQxdo>). El éxito evidente (pero sin cuantificar) sirvió para dar inicio al programa “Afro-Latinoamérica con STEAM” que lanzamos desde el Instituto de Investigación Afro-Latinoamericana (ALARI), liderado por Alejandro de la Fuente en la Universidad de Harvard.²⁸ Nuestra variante de STEAM (entre muchas) se originó con el astrofísico afro-colombiano en Harvard-MIT, Antonio Copete, cuando quiso mejorar la enseñanza de la ciencia, la tecnología, la ingeniería y las matemáticas, conocidas en inglés por las siglas STEM, e intuyó que Pre-Textos sería una metodología apropiada. Es que agregar la A de arte a las ciencias genera STEAM, el combustible de vapor. Pocos meses después del taller de Quibdó, recibimos la visita de 20 jóvenes chocoanos en el Observatorio de Astrofísica en Harvard, donde Antonio los puso a trabajar – y a jugar – con un texto que seguramente hubiera quedado ilegible sin Pre-Textos. “Opciones de trayectorias para misiones tripuladas a Marte” cedió su dificultad al encanto de la manipulación artística. Sirvió para armar una sesión de baile (¿Qué mejor manera de ensayar trayectorias?) y otra de crear novelas gráficas en base a citas del texto e imágenes copiadas en las galerías del Museo de Arte en Harvard. Estas dos experiencias, junto con el diseño para hacer casos de cultura, darán su fruto en el nuevo proyecto de ALARI:

“Afro-México con STEAM”, una colaboración con la Universidad Autónoma de Guerrero y con asociaciones civiles de afro-mexicanos.

Los humanistas tenemos oportunidades como ésta para dedicar la reflexión libre hacia compromisos con la cultura ciudadana. Por otro lado, los científicos sociales y naturales aprecian – cuando se detienen a pensarlo – el arte como la energía y el vuelo para imaginar y realizar cambios y avances. Está por construir un puente visible y amplio entre los dos lados, para cruzarse en ambos sentidos. Seamos tan creativos como prácticos en la co-construcción. El bienestar general dependerá de pensar como artista y luego de pensar junto con otros actores sociales. De lo contrario, en cada orilla de la división actual seguiremos atrincherados, aun si la trinchera tiene forma de carril.

¹ Por su ayuda con la traducción agradezco a Andrea Sanabria (Reacción Acapulco) y a Adriana Gutiérrez (RLL, Harvard University). Se me ocurrió la idea en un juego de palabras con Casa de Cultura durante un recorrido por las “villas miseria” de Buenos Aires, en agosto del 2017. Gonzalo Aguilar, distinguido crítico literario quien aceptó un cargo en el Instituto de vivienda ciudad (IVC), me había invitado a agregar Pre-Textos a su programación. Visitamos varias “Casas de Cultura”, signo de barrio pobre, porque los ricos sostienen una gama de instituciones: teatros, museos, salas de concierto, bibliotecas, etc. El juego fue incentivo para imaginar un aporte que faltaba: estudios académicos que ayuden a tender puentes y asegurar recursos para la creatividad, base de cualquier tipo de cambio.

² Agradezco a Walter Kohan por la referencia. Ver su libro, *El maestro inventor: Simón Rodríguez* (2013)

³ Nota de Alba Aragón (24-3-18) dando cuenta del descubrimiento del “gusto” descubierta por estudiantes que no habían anticipado la importancia de las humanidades. “El arte como artificio” es un ensayo que incluyo en casi todas mis clases de literatura, porque me sirve mucho para trabajar con mis alumnos “first-generation” de clase trabajadora, que no traen una apreciación innata de la literatura. . . “Yo aprendí – escribe uno -- que un buen cuento te hace pensar, debe ser difícil, que debes pelear con el cuento, debe ser frustrante, que te den ganas de darte por vencido pero al mismo tiempo te den ganas de vencer. Un buen cuento no puede ser fácil porque si es fácil te mata. Matan las ganas de saber más y te metes en una fantasía, donde te quedas cómodo y eso no es lo que Cortázar quiere. Él quiere que te despiertes y veas la realidad, conocer, saber lo que está pasando en el mundo afuera. Tener el conocimiento para luchar contra la injusticia en la sociedad.”

⁴ Paul Chan, “Fearless Symmetry,” *Artforum*. New York: Mar 2007. Vol. 45, Iss. 7; pg. 260, 2 pgs

⁵ Eve Sedgwick, “Paranoid Reading and Restorative Justice,” 2002 https://sydney.edu.au/arts/slam/downloads/documents/novel_studies/3_Sedgwick.pdf

⁶ William Julius Wilson comenta la limitación crónica de muchos “casos” que ha leído; es la falta de explicación o se especulación sobre qué funciona, qué no funciona, y por qué. (Entrevista 20-3-18)

⁷ Robert Austin and Carl Stormer, “Miles Davis: Kind of Blue,” HBS Case #9-609-050 November 12, 2008. HBS Case about Mockus, and

Tarun Khanna, Maria Fernanda Miguel, Laura Urdapilleta, “El Sistema: Art is created by the many for the many.” HBS Case # 9-816-052 October 10 2017

⁸ Friedrich Schiller, *Letters on the Aesthetic Education of Man* (1794)

⁹ Doris Sommer, *The Work of Art in the World*, Chapter 5, “Playdrive in the Hard Drive” Duke UP, 2014

¹⁰ Tarun Khanna of HBS and HKS regularly teaches SOCWORLD 47 “Contemporary developing countries: Entrepreneurial Solutions to Intractable Problems,” where undergraduates and graduate students from the range of schools learn “Thinking like an Artist.”

¹¹ www.animatingdemocracy.org

¹² See Korza and Schafer-Bacon, p. 12. “Some (artists) find it simply overwhelming because they lack evaluation expertise. Others ask: How do you measure such intangible results as “transformation,” “community building,” or “social justice?” They may resist the idea of applying empirical approaches that they believe are ill suited to art and social change. Yet, others see usefulness and necessity in getting “more concrete.” They want to know if they are meeting their aspirations and goals and why or why not.” See reluctance to quantitative analysis in Stephen Duncombe et.al. “Assessing the Impact of Artistic Activism” (81 page report to Open Society, 2017) Ver también, Jerry Z. Muller, *The Tyranny of Metrics* Princeton University Press, 2018

¹³ Kurt Lewin, to know something you have to try to change it.

¹⁴ [Grant H. Kester](#), *The One and the Many: Contemporary Collaborative Art in a Global Context*

¹⁵ Existing measurement of art’s impact tends to be direct; e.g. questions of increased understanding, empathy. See Korza and Schafer-Bacon, p.7.

¹⁶ Antanas Mockus, “Cultura Ciudadana, programa contra la violencia en Santa Fe de Bogotá,” Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Centro Editorial, 1988.

¹⁷ Emma Dench agrega que en Gran Bretaña, los consultores de medicina, una rango superior a los cirujanos, también se hacen llamar Mister.

¹⁸ Allan Brandt writes on stigma as a major obstacle to public health. He observed, during a lecture for “Rx: Arts for Global Health” at Harvard College in Fall 2018, that the arts are also the object of stigma, which limits the range of possible interventions in public health.

¹⁹ The Center for Artistic Activism, “Assessing the Impact of Artistic Activism,” 2017, based on interviews with public artists, excluding Mockus, rather than literature review. When the drafters of this report had asked Cultural Agents to propose a collaboration, I advised them to learn about measurement from Mockus, then a Visiting Professor at NYU.

²⁰ Hannah Arendt, *Lectures on Kant’s Political Philosophy*

²¹ Véase, Jürgen Habermas “Excurso sobre Las cartas de Schiller sobre la educación estética del hombre”, en *El discurso filosófico de la modernidad*, pp. 56-62. (Buenos Aires: Katz Editores, 2008)

²² Raymond Williams, *Keywords*, Preface

²³ Samuel Beckett, from *Endgame*.

²⁴ Ver también David Edwards, *ArtScience*

²⁵ Gracias a Julia Battilana y a Brittany Butler

²⁶ Ver www.pre-texts.org

²⁷ La UNESCO ha reconocido Pre-Textos como el premio “Educación para la paz” al Ministerio de Educación en Colombia (2017). Además, ha aportado excelentes resultados en muchos países. Ver, página web: pre-texts.org.

²⁸ <https://alari.fas.harvard.edu/>